

No le hacemos justicia si nos limitamos a señalar, como venimos leyendo y escuchando estos días, que Mikel Laboa ha sido el padre y patriarca de la nueva canción vasca, el icónico y referente de nuestra música, un juglar y trovador excepcional, explorador infatigable de formas expresivas nuevas... Porque hay que decir, sin ninguna concesión al mito, que ha sido el más grande de nuestros cantantes, el intérprete más genial, el músico más original, el creador que mejor ha sabido transmitir sus emociones en melodías de un lirismo insuperable.

En el interior de todo artista habita un filósofo. Y un filósofo que compone y canta, dice lo que piensa a través de sus canciones. Por eso el pensamiento de Mikel impregna la totalidad de sus composiciones, desde las tomadas del cancionero popular hasta las que él mismo llamó canciones 'experimentales' (sus inolvidables Leketios), pasando, cómo no, por los muchos poemas que musicó, tanto de autores y amigos vascos como foráneos: Artze, Lete, Aresti, Atxaga, Sarrionandia, Espriú, Ungaretti... y, sobre todo, Bertolt Brecht.

Mikel fue un hombre libre que cantó apasionado la libertad simbolizada en la grandiosidad, y a la vez aspereza, del mundo de los pájaros. El 'txori' fue su modesto animal totémico, gracias al cual el sencillo poema

Mikel Laboa canta a Bertolt Brecht

PEDRO LARREA

de Josean Artze quedará inmortalizado para siempre. Pero fueron los versos de Bertolt Brecht los que le ayudaron a comprender que la liberación, entendida como desalienación de las ataduras que imponen los poderosos, es la tarea humana por excelencia y que el ser humano, a través de su trabajo, es el hacedor del mundo ('Langille baten gaderak liburu baten aurrean'); que, por firme que pise y se enseñoree la injusticia, acabar con la opresión es posible y el 'jamás lo lograremos', falso ('Dialektikaren laudorian'); y que no es una cuestión de caridad auto-complaciente sino de estricta justicia ('Gaberako aterbea'). Ideas similares, por cierto, a las contenidas en los poemas de Artze ('Martxa baten lehen notak') o Lete ('Izarren hautsa').

También nos cantó, desde los textos de Brecht, que la liberación es una tarea de to-

dos o nadie, de todo o nada ('Denak ala ñor ez') y que no se ha de ceder a la tentadora seducción de un falso mañana que nunca llegará, porque la vida se ha hecho para ser bebida a grandes sorbos, y en cada instante ('Lilluraren kontra'); que a ella llegamos desnudos y arrojados involuntariamente y lo que importa es retornar a la tierra que nos vio partir, embarrados pero orgullosos de la tarea realizada ('Munduaren esker ona').

No rehuyó el compromiso político, pero tampoco se sintió vinculado a ninguna clase de poder. Hizo natural y fácil esa compleja combinación de la fidelidad a las raíces culturales propias y la apertura a los afanes universales del ser humano. Abominó de todo dogmatismo fundamentalista: «sólo cuando la niebla impide ver nuestros rincones, se empieza a vislumbrar lo que se oculta detrás de ella» ('Geure bazterrak'). Le es-

pantaba la clarividencia de los violentos criminales y le repugnaba la perversión dialéctica, apuntada por Brecht, del sucio silogismo. «Todo malhechor es ejecutado, luego todo ejecutado es un malhechor». Pensaba, en fin, con el ilustre dramaturgo, que morir por la patria no tiene nada de honorable.

Se interesó especialmente por el problema de la comunicación humana. Sabía por Brecht que un exceso de claridad no es sinónimo de comprensión. Le embrujaba la musicalidad de las palabras, especialmente las del lenguaje corriente; pero al mismo tiempo era consciente de sus limitaciones comunicativas, pese a la aparente luminosidad que desprenden. Por ello, quiso indagar otras vías complementarias de expresión, como los simples sonidos guturales, las onomatopéyas, las percusiones bucales, los gritos, los irrintzís, los chapurreos, anticipando lo que la islandesa Bjork y otros harían más tarde. Su 'Leketio-5', titulado precisamente 'Komunikazio-Inkomunikazio' pretendió ilustrar las dificultades de la comunicación entre humanos. Concebido para ser representado y no cantado, pudo estrenarse finalmente en 1977, una vez vencidas las dificultades de la censura. En un engendro de inglés de difícil comprensión, un presentador, que de repente se transforma en cantante de ópera, marido suplicante o niño autista, va dando paso a una sucesión inconexa de voces y mú-

sicas, donde alternan el fado, Yupanqui, un Dylan caricaturizado o Juan Sebastián Bach. Por su parte, y en cuanto artista, siguió el consejo teorizado y practicado por Brecht, que a Mikel le gustaba mencionar: la comunicación ha de comenzar por un respetuoso y sutil distanciamiento respecto al auditorio.

La reflexión acerca de la muerte, reiterativa en su disco final 'Xorlek-17', estaba ya insinuada en los poemas de su amigo Artze, grabados en 1980 ('Lau-bost'). Desde una visión positiva, entre epicúrea y estoica, cantó esperanzado que todo cuanto muere brota ('Besterik ezagutu ez eta...') y que el último lamento apagado en sus labios habría de ser la primera sonrisa florecida en los labios de otro ('Nahiz eta heriotza'). Imposible olvidar los emotivos versos del bardo bajonavarro Jose Mendiage, que Laboa fue el primero en musicar ('Kantuz'): «De canciones nacido, con canciones vivo... Con canciones lo he dicho todo...». Y el poema terminaba: «Cuando muera, sepultadme con canciones, / asido en el aire por canciones de amigos / que a la tierra me lleven mientras cantan. / Mil canciones les dejaré en el mundo / para que ellos canten cuando me recuerden».

En efecto, Mikel nos ha dejado un magnífico legado, sus canciones, pero no sólo para recordarlas y disfrutarlas. Bertolt Brecht nos pediría algo más: realizarlas.

